de poner por fundamento de este su edificio, aunque no presumieron de tanto saber como los modernos, tuvieron el espíritu del Señor, y él los guió y enseñó en el modo que habían de tener para esta conversión.

A algunos de los indios, criados y doctrinados de su mano y al parecer bien inclinados, dieron el hábito de la orden para probarlos, y luego el año del noviciado conocieron claramente que no era para ellos, y así los despidieron e hicieron estatuto que no se recibiesen. Un gran letrado extranjero, que pasó de España a estas partes confiado de su saber, presumió afirmar que esta nueva Iglesia indiana iba errada por no tener ministros naturales de los convertidos, como la Iglesia primitiva; teniendo esta opinión, que a los indios se debían dar órdenes sacros y hacerlos ministros de la Iglesia. Y el doctísimo y religiosísimo padre fray Juan de Gaona lo convenció de su error en pública disputa y lo obligó a que hiciese penitencia. Y esta su Apología,[3] que puso en escrito, está en pie hoy día entre nosotros. Mucho más me he alargado de lo que pensé, mas no está en mano del hombre atajar al espíritu. Y cuando otro pruebe que pueden ser sacerdotes, hágase, si este vicio no es de inconveniente.

CAPÍTULO XIV. *De algunas visiones y revelaciones con que nuestro señor Dios se ha querido comunicar a los indios*

ES TAN AGRADABLE A LOS OJOS DE NUESTRO SEÑOR DIOS la simplicidad del corazón humano que según (lo dice el Espíritu Santo por boca del sabio)[1] sus pláticas y razonamientos son con los simples y con ellos se comunica y conversa. Esto mismo hallamos bien probado por ejemplos de la Sagrada Escritura, así en la edad inocente de los niños, en lo que se dice en el primero *Libro de los reyes*,[2] que la plática y conversación de Dios con el niño Samuel era preciosa; y lo que leemos en el evangelio,[3] que el hijo de Dios se regocijaba con los niños y los abrazaba por su simplicidad, como también en los hombres de edad; pues al santo Job,[4] tan amigo de Dios, alaba el mismo Señor de que no había su semejante en la tierra, y singularizando las calidades y razones de su bondad y mejoría, pone por la primera que era simple. Y en tanta manera pide esta simplicidad santa a los suyos que les dice,[5] que si no se convirtieren y volviesen en aquella simplicidad y sinceridad que tienen los niños, no entrarán en el reino de los cielos. Entre otras condiciones o calidades naturales que arriba dijimos se hallaban en los indios, era esta simplicidad o falta de malicia, por do eran fáciles para ser engañados a lo menos antes que nosotros los sacásemos

[3] Eccles. 8.
[1] Prov. 3.
[2] 1. Reg. 3.
[3] Marc. 10.
[4] Iob. 1.
[5] Math. 1.

de ella. Empero, dando más quilates a esta natural simplicidad, y poniéndola en el grado y valor en que el redemptor de el mundo la pide, digo que hemos hallado muchos indios e indias (en especial viejos y viejas, y más de ellas que de ellos) de tanta simplicidad y pureza de alma, que no saben pecar; tanto que los confesores, con algunos de ellos, se hallan más embazados que con otros grandes pecadores, buscando alguna materia de pecado por donde les puedan dar el beneficio de la absolución. Y esto no por torpeza o ignorancia, porque dan muy buena cuenta de la ley de Dios y responden a todas las menudencias de que son preguntados, sino que ayudado su simple y buen natural de la gracia, ni saben murmurar, ni quejarse de nadie, ni reñir aun a los muchachos traviesos, ni perder un punto de la obligación que la iglesia les tiene impuesta. Y en este caso no hablo de oídas, sino de lo que tengo sabido por experiencia.

Tales (o semejantes a éstos) deben de ser aquellos indios a quien Dios ha querido revelar algunas visiones provechosas para sí mismos, o para otros sus prójimos; las cuales, en tiempos pasados, fueron muchas, según lo dejó testificado el siervo de Dios fray Toribio Motolinía, en un su tratado de *Moribus indorum,* como es, ver al tiempo del alzar en la hostia consagrada, un niño resplandeciente; y ver también a nuestro redemptor crucificado, con grandísimo resplandor; y ser visto en la misa, sobre el Santísimo Sacramento, un globo como llamas de fuego; y, sobre el predicador, estándoles predicando encima de su cabeza, una muy hermosa corona que parecía de oro y otras cosas semejantes a éstas. Y entre las demás, cuenta de cierta persona que tenía por costumbre venir muy de mañana a la iglesia los domingos y fiestas y, como hallaba la puerta cerrada, rezaba por la parte de fuera y alzando los ojos al cielo, por dos veces, vio que se abría y en aquella abertura le parecía que por la parte de dentro había cosas de grandísima hermosura. En esta persona tal bien se verifica aquello *De la sabiduría:*[6] Los que velando y madrugando de mañana me buscasen, hallarme han; pues que viniendo de madrugada a buscar a Dios en su casa por estar la puerta cerrada hallaba el cielo abierto.

En Tlaxcalla, confesándose un indio con el padre fray Alonso de Ordoz, varón de mucha santidad, le dijo que, estando un día oyendo misa con poca fe, sintió en su espíritu una nueva alteración, y mirando hacia el altar, estando el sacerdote consumiendo el Santísimo Sacramento, vio que salía de él una grandísima claridad, lo cual fue causa de afirmar su fe en que antes estaba tibio. En el pueblo llamado Tula siendo guardián el venerable padre fray Melchor de Benavente, confesándose con él un indio de mucha razón, dos días antes que muriese, le dijo, que le descubría una cosa, la cual nunca había dicho a nadie; y era que, un día de la Ascensión del Señor, celebrando misa cierto religioso, al tiempo que quería alzar el Santísimo Sacramento, vio el dicho indio, con sus proprios ojos que le trajeron al sacerdote un niño, con unos pañales más blancos que la nieve y se lo pusieron en las manos cuando alzó, y acabado de alzar lo volvieron a llevar

[6] Prov. 3.

por donde lo habían traído, que a su parecer era de hacia la sacristía, y súbitamente desapareció. Y cuando el indio vio esto al tiempo del alzar, dijo que se halló muy compungido y contrito y clamó a Dios diciendo: Señor, apiadaos de mí que con vuestro favor nunca más os ofenderé.

Siendo el padre fray Gerónimo de Mendieta, guardián de la ciudad de Xuchimilco, el año de 75, la vigilia de Pascua de Navidad, vino a él una india muy congojada y llorosa; y preguntándole ¿qué había y sentía?, le respondió, que por amor de Dios la confesase y remediase su alma, que estaba puesta en grande tribulación. Y pareciéndole al religioso que la había visto confesar el día antes para comulgar con otras muchas personas, que aquel día habían recibido el Santísimo Sacramento, preguntóle acaso, ¿pues cómo no comulgaste ahora con esotros? Respondióle: Padre, verdad es que me confesé y había de comulgar, mas no comulgué porque no estaba aparejada; y anoche me aconteció una cosa espantosa que tiene mi ánima atribulada, hasta confesarme otra vez. Oyóla, por saber lo que era, contóle que la noche antes, después de haber tañido al Ave María, entrando en su aposento algo de priesa para tomar cierta ropilla que estaba sobre una caja, no acordándose que estaba sobre la misma caja también un crucifijo, como hacia obscuro dio con él en el suelo e hízole algunos pedazos; y parecióle en aquel instante que tembló reciamente todo aquel aposento, y pensó que se abría la tierra, para tragalla, porque juntamente oyó una voz que la dijo: ¡oh desventurada de ti!, ¿y es verdad que me has de recibir mañana, no habiendo confesado enteramente todos tus pecados? Y que como esto oyó y vio, quedó tan espantada que no podía volver en sí. Consolóla y esforzóla cuanto pudo, y díjole que se aparejase y confesase todos sus pecados, desde su niñez. Vino otro día, que era el primero de Pascua, a que la confesase y no pudo, y de día en día se pasó todo el octavario de Pascua, que con las muchas ocupaciones no hallaba tiempo para ponerse a confesarla; y la pobre india ningún día faltó de venir y aguardar allí mañana y tarde, que fue harta probación de la fe que traía y del temor de lo pasado, hasta que en fin se confesó enteramente. Y cierto, ella era muy buena cristiana (según el mismo religioso certificó) que desde su niñez frecuentaba la iglesia, oyendo siempre misa y los oficios divinos.

En el año siguiente de 76, corriendo por todas partes una general pestilencia, de que murió mucha gente en casi todos los pueblos de esta Nueva España, un viernes, doce de octubre, andando por la laguna dulce en términos de la misma ciudad de Xuchimilco, un indio viejo, llamado Miguel de San Gerónimo, natural de Azcaputzalco, aunque vecino de muchos años en el pueblo de Xuchimilco, y que tenía cargo de recoger en la iglesia, para la doctrina, los mozuelos de su barrio. Andando (como digo) éste en su canoa o barquillo, en el medio del día, le apareció una mujer en figura y hábito de india, muy bien aderezada y de buen parecer, la cual, estando en pie en la ribera, se puso a hablar con él familiarmente, y él parado en su barquillo, hasta tres o cuatro pasos de ella, y le trató cosas secretas que tocaban a su persona y le consoló en ellas. Y después de estas pláticas le mandó que fuese al guardián de aquel monasterio y le dijese que amones-

tase al pueblo, que le enmendasen los pecadores y viciosos (especialmente en el vicio de la carne) e hiciesen penitencia para amansar la ira del Señor, que estaba ofendido porque el pueblo no pereciese con la enfermedad que andaba. Y dicho esto, dice que se le desapareció la dicha mujer, haciéndose un remolino en el aire y en el agua. El indio quedó como espantado y otro día sábado lo fue a decir al guardián, y amonestándole el religioso que mirase lo que decía y no le mintiese, porque le castigaría Dios gravísimamente, siempre se afirmaba en ello. Y no contento el guardián con esto, pasados ocho días después, lo envió a llamar para ver si había sido fantasía, sueño o invención suya, riñéndole y diciéndole que ¿por qué le había venido con aquella mentira?; volvió a confirmarse en ello, derramando muchas lágrimas de sus ojos, por donde, sin alguna duda, lo creyó y se persuadió que la que le apareció sería la madre de piedad y misericordia, que por aquella vía quería favorecer a aquel pueblo o algún ángel, y que apareció en figura de india, por no espantar a aquel pobre viejo en otra figura; y así hizo la amonestación que se le mandó a la gente de aquella ciudad que por ventura fue de algún provecho.

CAPÍTULO XV. *De otras revelaciones hechas a algunas indezuelas, niñas y mozas de poca edad*

DIJE EN EL CAPÍTULO PASADO que hallamos tanta simplicidad y pureza en muchos de los indios, mayormente en viejos y viejas; y de esto es la causa porque en la cansada vejez vuelven los hombres casi al estado de la niñez, en la cual más propria y naturalmente se halla la simplicidad y falta de malicia, por el poco conocimiento que los niños tienen y poca experiencia de las cosas del mundo. Y así, los niños en su tierna edad son comúnmente a todos amables; y más lo deben de ser a Dios, pues estando el salvador del mundo en carne mortal, los abrazaba y regalaba y mostraba particular contento en verlos.[1] Y según esto no es maravilla que se regale y comunique con ellos, como yo verdaderamente lo he hallado, en veces, en criaturas, hijos de indios, estando en el artículo de la muerte, oyéndoles casos de tanto sentimiento que no eran para aquella edad. Mas porque éstas no las tengo en la memoria para referirlas con certidumbre, contaré solamente algunas que supe de otros y las puse por escrito, de los cuales es uno el padre fray Gerónimo de Mendieta, que dice así: Morando yo en el monasterio o ermitorio de Santa Ana, una legua de Tlaxcalla, el año de 1588, el domingo de Pascua de Espíritu Santo, que cayó a cinco de junio, acabando de cantar la misa mayor me envió a llamar una india vieja, llamada María, de hasta setenta años o poco menos de edad, y de ellos los cuarenta había hecho vida con su marido y había catorce que estaba viuda, que a la manera de otra Ana profetisa, frecuentaba

[1] Marc. 9. Luc. 1. 9 et 18.